

Sujetos de la escritura: literatura, locura y trastorno mental

*Carlos Alberto Guerrero Torrentera**

Resumen

El presente artículo aborda la creación de escritores bajo atención psiquiátrica. Distingue entre el sujeto social, el sujeto clínico y el sujeto de la escritura destacando que este último realiza una obra al ingresar en lo simbólico, conformar un lazo social, metáfora y reelaboración de los significados a través de la intencionalidad sobre el lenguaje. Se construye un sujeto de la escritura y, solidario con ello, sujetado por, sujetado a y sujetado de la escritura literaria. Se estudian textos de personas con esquizofrenia realizados a solicitud del autor. El análisis se elabora a partir de la antropología psicoanalítica de orientación lacaniana y la crítica literaria.

Palabras clave: literatura, locura, trastorno mental, sujeto, psicoanálisis.

Abstract

This paper addresses the creation of writers under psychiatric care. It distinguishes the social subject, the clinical subject and the subject of writing, highlighting that the latter performs a work by entering the symbolic,

* Es profesor en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), también en la licenciatura en Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Obtuvo una licenciatura en Etnología y un posgrado en Ciencias Antropológicas. Correo electrónico: [carlosalbertotorrentera@gmail.com] / ORCID: [0009-0007-0999-2658].

forms a social bond, metaphor and re-elaboration of meanings through intentionality on language. A subject of writing is constructed and, in solidarity with it, held by, attached to and attached to literary writing. Texts by people with schizophrenia made at the request of the author are incorporated. The analysis is carried out from the Lacanian-oriented psychoanalytic anthropology and literary criticism.

Keywords: literature, madness, mental disorder, subject, psychoanalysis.

Presentación

La relación entre creación literaria y desorden mental ha suscitado el estudio y la reflexión de psiquiatras, psicoanalistas, críticos literarios, filósofos, antropólogos y escritores. Es una temática clásica y contemporánea con diversos enfoques teóricos y metodológicos. Personalmente, me aproximo a ella en primer término desde una reflexión cultural en torno al estatuto socio-simbólico mediante el cual diversas sociedades han concebido la locura y el desorden mental. Implica una comprensión histórica y epistémica de saberes y prácticas, cambiantes en el tiempo y con enfoques varios, cuando no antagónicos, en una misma temporalidad y formación cultural. Es un marco que localiza la variabilidad cultural de las nominaciones, por ejemplo, el declive del término “locura” con el cual se pensaba la sinrazón o la razón delirante; asimismo, las etiologías y la clasificación de comportamientos, de los sujetos adscritos a ellos, los especialistas que les atienden, las instituciones, los ideales de racionalidad, la comprensión del psiquismo y el intercambio simbólico.

Me limito a un conjunto de saberes y prácticas modernas y posmodernas occidentales, pues en ellas se expresa más claramente la relación entre literatura y locura o el trastorno mental. En este sentido, el psicoanálisis y el sujeto del inconsciente son parte de una experiencia epocal y un medio intelectual. No obstante, la orientación lacaniana me facilita un conjunto de interrogantes y aproximaciones analíticas para abordar conceptualmente la escritura literaria y

el lugar que ocupa desde el campo de la relación con el Otro, el lazo social y la producción metafórica como garante del orden simbólico, sin desconocer que los sujetos sociales y clínicos –por ello, del inconsciente– muestran un adelgazamiento de la vinculación por medio de delirios, alucinaciones, obsesiones o depresiones mayores, que han sido conceptualizadas con el nombre del padre, el *sinthome*, el goce y el deseo. De esta manera, procuro un enfoque dual. Por un lado, reconocer la transitoriedad, aparición y desaparición de saberes, instituciones, efectos de subjetividad, especialistas, géneros y estilos literarios, relaciones sociales e imaginarios culturales en torno a la locura y el desorden mental. Por otro lado, ubicar los efectos de objetividad que repercuten en la trayectoria de sujetos, saberes y formaciones sociales, cuya objetividad descansa, paradójicamente, en sus condiciones transitorias, pues los cambios conceptuales, técnicos, institucionales, de abordaje político y crítica filosófica recrean la ilusión de un refinamiento en el tratamiento, la comprensión, la escucha, la atención, la nosología o la integración.

De forma adicional a la antropología sociocultural de inspiración psicoanalítica, la teoría y la crítica literaria enmarcan conceptualmente el análisis textual y las condiciones socioculturales de la locura; permiten entender la compleja labor que implica la producción poética, narrativa o ensayística y la red de significaciones múltiples que apoyan y entrelazan la actividad literaria, lo cual es pertinente para localizar la intencionalidad discursiva y la búsqueda de un estilo por parte de los autores; la pertenencia a movimientos e incluso las innovaciones textuales que promovieron, las cuales fueron recuperadas por sujetos literarios no vinculados social y subjetivamente con el desorden mental, que expresan la imaginación y sensibilidad cultural de una época. Más relevante aún, el sujeto que aparece en la literatura está inscrito en el campo simbólico, de manera tal que su intelección, disfrute e interacción trasciende la categorización clínica o social del sujeto que lo produce.

Metodológicamente, el trabajo tiene una doble articulación. En primer lugar, la lectura de obras literarias realizadas durante el tratamiento psiquiátrico o la atención en espacios socialmente considera-

dos para personas con desorden mental. Es un recorte sociocultural e histórico, mas no clínico. El privilegio otorgado a la psiquiatría se debe a que es la formación discursiva y la práctica vinculada más directamente con el desorden mental o la locura en la sensibilidad social, la cultura científica y la subjetividad de los autores. El corpus consta de novelas, cuentos, poemas y ensayos de escritores de diversas épocas: del Renacimiento a la sociedad contemporánea. Para el presente artículo analizo una parte reducida de ese conjunto, privilegiando obras modernas y posmodernas. Las he analizado en correlación con la dimensión del lazo social, el campo simbólico y las cualidades textuales. Debido a que la psiquiatría en nuestro tiempo expande su campo a múltiples comportamientos, he preferido nosologías en las que se piensa el desorden mental operando con mayor agudeza, es decir, en disposición graduada: esquizofrenia, paranoia, trastorno bipolar y melancolía.

Como toda opción metodológica, existen ventajas y desventajas en la conformación de la unidad de análisis. Una desventaja descansa en prescindir de obras de escritores a quienes se les ha localizado retroactivamente en la locura o el trastorno mental —como a Byron, en el maniaco-depresivo (Redfield, 1998), o Strindberg, en la esquizofrenia (Jaspers, 1968)—, pero se gana al no asignar diagnósticos o inferir estructuras psíquicas anacrónicas y sin la palabra viva del sujeto. Además, permite una amplitud multicultural y temporal de larga duración; evita dotar de una cualidad inherente de “loco” a un conjunto narrativo, poemático o discursivo por distanciarse de la racionalidad epocal dominante —como lo realiza Queneau (2004)—; consiente observar que el dispositivo de la atención psiquiátrica incluye la transgresión al orden del discurso sexual (Sade) o político (Ósip Maldelstam, Ezra Pound), en que la nosología clínica es subsidiaria de los ordenamientos de las relaciones de poder hegemónicas, y entender que la reclusión forzada de esos escritores fue menos para la atención del sujeto social que para la reclusión de la palabra del sujeto literario, una palabra en la novela, la poesía y, en el caso de Pound, los guiones radiales, que implicaban el incumplimiento con el pacto dominante religioso,

comunista o liberal, respectivamente; además, sólo podía entenderse como efecto de un desorden, lo que conlleva la prudente contención de su ampliación discursiva, intuyendo que la palabra hace lazo, anuda y re-anuda la simbolización.

Para complementar la recopilación y el análisis de obras literarias, el método incluye la interacción (en cuatro lustros, de forma alternada) con personas que en hospitales, clínicas y centros especializados reciben atención psiquiátrica. En una de las clínicas llevé a cabo un taller de creación literaria, de esa producción comparto tres textos de personas diagnosticadas con esquizofrenia. No tienen alteraciones de sintaxis, ortografía ni ordenamiento, y siempre se presentan con pseudónimos. El trabajo empírico ha incluido interactuar y participar en programas radiales realizados por personas con experiencias psiquiátricas. La observación etnográfica incluye a las personas atendidas y al personal de salud: psiquiatras, psicoanalistas, psicólogos, personal de trabajo social y enfermería. De esta manera, la observación y experiencia empírica, aunadas a la recopilación de materiales literarios, permiten la elaboración conceptual que vertebra mi propuesta de lectura del fenómeno: la distinción no excluyente entre los sujetos sociales, clínicos y literarios, enfatiza que en éstos deviene una obra por su relación con el campo simbólico.

Sujeto social, sujeto clínico y sujeto literario

El término “locura” no es un concepto, sino, antes bien, una noción, en ocasiones sobredeterminada de negatividad y discriminación; en contraparte, es noción de un velo de trascendencia sobre lo inmanente e incluso una invocación a la liberación del sujeto, como aparece en algunas posturas antipsiquiátricas, particularmente en Cooper. Uso el término desde el punto de vista de las relaciones culturales que configura y la textualidad generada en la creación poética y narrativa, filosófica, antropológica, psiquiátrica y psicoanalítica; por ende, desde el horizonte de sus experiencias epocales que permitieron nombrar las formas disímiles a la racionalidad, en cuya convención se

practicaba la interacción social. Utilizo el término “trastorno mental” porque es el vigente en el campo de la psiquiatría, pero, tanto un término como otro —a los cuales se puede sumar el de alienados: personas con enfermedad mental, desorden mental o, en cierto lenguaje de nuestra época, con experiencias psiquiátricas o discapacidad psicosocial—, implican un horizonte histórico del saber, de instituciones y prácticas, técnicas y tecnologías, marcos jurídicos, políticos, de representaciones sociales y subjetivación. Incluso se percibe en elaboraciones más acotadas, como la psicosis, y dentro de ella las de esquizofrenia y paranoia (abandonada por la psiquiatría, mas no por el psicoanálisis), el trastorno maniaco-depresivo y la depresión.

El término “trastorno mental” atañe a la descripción de sujetos sociales y, fundamentalmente para este trabajo, a la producción de sujetos clínicos en el ordenamiento de las clasificaciones, los criterios nosológicos o conceptuales de las estructuras psíquicas y las técnicas de cuidado. De esta manera, los sujetos de la psiquiatría o del psicoanálisis son, en alguna medida, sujetos diferenciados —a veces entrecruzados en la atención—, con variaciones históricas, tradiciones nacionales y de orientación conceptual. En este sentido, si bien el psicoanálisis hace suya la hipótesis de un sujeto del inconsciente, éste adviene diferencial acorde a la orientación —lacaniana o kleiniana, por ejemplo— con la cual se trabaja. El sujeto clínico aparece o se conforma como efecto de saberes y técnicas. De manera equivalente, el sujeto es diferenciado conforme aparece o es hecho aparecer por los saberes psiquiátricos o antipsiquiátricos. Desde mi punto de vista, el “sujeto clínico” es efecto de una discursividad. Incluye saberes instituidos, especialistas y pacientes de manera recursiva. Sin embargo, el sujeto, como es bien sabido, asume o resiste las nominaciones, muestra renuencia a la medicación o busca prolongarla —en el caso de la atención psiquiátrica—, solicita el ingreso o la permanencia en espacios de atención especializada o, por el contrario, son conminados a ellos, cuestiona las clasificaciones o encuentra en ellas un organizador simbólico para su experiencia.

Es reconocido el adelgazamiento que la psiquiatría manifiesta por la subjetividad del paciente a raíz del uso de medicamentos des-

de la mitad del siglo xx (Postel y Quétel, 2000; Leader, 2013). Fenómeno que ha ido de la mano con un triple procedimiento relevante, desde el punto de vista de las relaciones sociales, el advenimiento de los sujetos y la subjetividad que organiza a los pacientes. En primer lugar, el modelo de la discapacidad psicosocial atiende a la discriminación de personas con atención y diagnóstico psiquiátrico (Arabian, 2010; Fernández, 2010; Lojo, 2010). En ese marco, se enfatiza el sujeto de derechos y la adecuación de los contextos culturales para la inclusión y el trato digno. Por otra parte, la política de atención de la salud mental se ha dirigido a modelos de puertas giratorias, estancias breves y reducción del internamiento crónico. El paciente es devuelto al contexto familiar y comunitario. Una especie de sueño invertido de algunas posturas antipsiquiátricas, pues va de la mano del incremento de la farmacopea y de lógicas capitalistas que sólo recientemente se redireccionan para fortalecer el proceso de atención pública. Pero, en términos más amplios, el vaciamiento de la subjetividad, el incremento de la medicación y los resultados positivos de la atención, cuya velocidad y valor científico es altamente apreciado en las sociedades posmodernas, ha permitido un ensanchamiento del discurso psiquiátrico sobre amplios conjuntos sociales, instituciones y narrativas culturales. Roudinesco le denomina biocracia.

Este espíritu de expansión se localiza en la variedad de trastornos y comportamientos que la psiquiatría atiende y los sujetos históricos que produce. En el DSM-V se plantean 21 ejes (A.V., 2014). Incluyen el trastorno del desarrollo neurológico (discapacidades intelectuales, trastornos de la alimentación, del espectro autista, por atención con hiperactividad, específico del aprendizaje, motores, tics y otros), espectro de la esquizofrenia y otros trastornos psicóticos, trastorno bipolar y relacionados (con características mixtas o melancólicas, atípicas, psicóticas congruentes con el estado de ánimo y no congruentes, con catatonía y ciclos rápidos), trastornos depresivos, de la ansiedad, obsesivo-compulsivo, relacionados con traumas y factores de estrés, disociativos, de síntomas somáticos, de alimentación e ingestión de alimentos, de la excreción, del sueño y la vigilia, disfunciones sexuales, disforia de género, trastornos destructivos, del

control de los impulsos y la conducta, relacionados con sustancias y adicciones, neurocognitivos (Alzheimer, degeneración del lóbulo frontotemporal, enfermedad de los cuerpos de Lewy, Parkinson, enfermedad de Huntington, entre otras), trastornos de la personalidad (cuyo ámbito A incluye la paranoide, esquizoide y esquizotípica; el B, la antisocial, límite, histriónica y narcisista; el C, evasivo, dependiente y obsesivo-compulsivo), trastornos parafilicos (voyerismo, exhibicionismo, frotteurismo, masoquismo sexual, sadismo sexual, parafilias, fetichismo y travestismo), trastornos motores inducidos por medicamentos o efecto adverso. Además, se incluyen problemas que pueden ser atendidos clínicamente (educación familiar, grupos primarios, maltrato, abuso y negligencia –no sólo infantil–, educativos y laborales, delincuencia, así como circunstancias psicosociales, personales o ambientales).

La ampliación del discurso psiquiátrico se entreteje en nódulos de una multiplicidad de relaciones sociales y elaboraciones subjetivas. Un verdadero rizoma. Pese a ello, en las literaturas abordadas y los sujetos que metafóricamente las representan –las y los escritores– he optado por localizar aquellas figuras nosográficas en las cuales se ha visualizado que las redes y reglas socio-simbólicas de la racionalidad son rechazadas, no instauradas, cuestionadas, fracturadas u organizadas como un rumoreo individual y casi secreto. De ahí la importancia concedida a la esquizofrenia en primer lugar, por la cual el sujeto social y el sujeto clínico son considerados más distantes de las estructuras simbólicas compartidas. Incluyo obras elaboradas bajo el diagnóstico de paranoia, trastorno maniaco-depresivo y depresión (psicótica). En ellas las tradiciones psiquiátricas no recalán en la ausencia de pensamiento, pero sí en comportamientos, emociones y representaciones mentales que obstaculizan la interacción social, la comprensión de sí e incrementan el dolor psíquico. Adicionalmente, los imaginarios culturales y la práctica del sujeto parecen reafirmarlo.

Si bien el sujeto clínico y el sujeto social de la locura o el trastorno mental cambian, surgen y desaparecen y, con ello –efecto mutuamente recursivo–, saberes, instituciones y especialistas; el sujeto

de la escritura transita epocalmente y mantiene la llama viva de la significación. De Torcuato Tasso (1544-1595) a Sarah Kane (1971-1999) el sujeto social y clínico está orientado por órdenes discursivos mutuamente discordantes. Si Tasso fue preso de furor persecutorio, enloqueció por una pedrada en la cabeza o por exceso de trabajo poético, tal como signaban explicaciones de sus contemporáneos; o si Kane era depresiva mayor y el fundamento de ello es orgánico, ambas nosologías son inteligibles en el marco de estilos culturales de interpretación de la racionalidad, las causas de su pérdida, la lógica de su atención y el significado del sufrimiento mental. Entre ellos —el ordenamiento psicosocial, las variedades culturales al interior de una misma formación social que puede interpretar en tradiciones terapéuticas disímiles un fenómeno¹ y la subjetividad ante, en y del trastorno—, el sujeto de la escritura se despliega en la épica, el ensayo o las piezas dramáticas que Tasso escribió en el psiquiátrico de Santa Ana y en las obras teatrales de Kane correlacionadas temporalmente con su internamiento en el hospital Maudsley de Londres. Quizá las nominaciones renacentistas digan poco o nada a nuestro saber constituido, y es probable que nuestro ordenamiento posmoderno del saber discurra por caminos diferentes para futuras generaciones. Las reglas sociales del tratamiento, la interacción y subjetivación, así como las prácticas asociadas al tratamiento, los espacios y las clasificaciones, muestran su contenido convencional y fluctuante.

En cierta medida, esto es susceptible de consideración en el sujeto literario. Se expresa en el uso de géneros (novela, poesía, ensayo o memorias), corrientes (romanticismo, realismo o surrealismo), formas expresivas (verso libre, blanco o rima), que son experiencias históricas y culturales. Pero el sujeto de la escritura aparece y se renueva en el entramado de la significación, la recepción y el entrelazamiento simbólico. Incluso en la producción literaria de personas con esquizofrenia, en la que aparecen la metáfora y el lazo social ins-

¹ Por ejemplo, el caso de Trifena, quien escuchaba a Dios en español en la oreja derecha y al diablo en tzotzil en la izquierda, fue atendida con tres modelos terapéuticos: tradicional indígena, pentecostal y biomédico; tres nosologías, terapéuticas, teorías del malestar psíquico y producción de un sujeto (Jacorzynski, 2008).

crito en el campo deseante del discurso, aparecen como un efecto del Otro en su intelección.

La primera ocasión que ingresé en un hospital psiquiátrico fue en los albores del siglo XXI. Una institución, en los límites del oriente de la Ciudad de México y a pie de carretera, organizada con pabellones repartidos en una enorme extensión de terreno con jardines bardeados. La población de personas internas era numerosa, tal vez alcanzaba el millar. Cuando volví, tres lustros después y bajo los nuevos procedimientos de la medicina pública, la población de asilo permanente se redujo a un centenar. En mi primera visita, antes de socializar con internos y escuchar una conferencia en torno a la *Historia de la locura*, de Foucault, llamaron mi atención unas hojas pegadas en la pared con versos de pacientes. Años después, siguiendo el hilo conductor entre escritura y personas con experiencias psiquiátricas, en una clínica privada, al sur de la capital mexicana, organicé actividades de creación literaria a las que asistían sobre todo mujeres diagnosticadas con esquizofrenia, depresión o ansiedad. Posteriormente, en una institución pública que atiende y asila a hombres que aun en situación de calle y “trastornos mentales” —principalmente bajo el diagnóstico de esquizofrenia—, uno de los internos tenía elaborado un libro de poesía al cual tuve acceso. Acompañé algunos años y en varias oportunidades a personas con experiencias psiquiátricas que transmitían un programa radial en una universidad pública. Editaban la revista electrónica *Toing*. Así, el sujeto de (y por) la escritura aparece, se muestra, dialoga, frasea e interpela. El sostén literario está, como unidad de fondo, no en el inconsciente a cielo abierto o el delirio monista pasible de su análisis como material clínico, sino como verso y trama, voz y personajes, sentido orientado a la recepción de los significados en el orden de su textualidad. Menos por un saber que no se sabe y más por llevar implícito y contra sí mismo su inmanencia.

El sujeto en la creación literaria que aparece en un contexto social, clínico y subjetivo, vinculado con la locura y el desorden mental, es una articulación simbólica que procura el orden y la racionalidad textual. A contramano, en ocasiones utiliza el irracionalismo inten-

cional o propio de su historicidad discursiva. Es un sujeto efecto de la escritura y, simultáneamente, adviene por la recepción y la lectura, éstas le hacen resurgir en su estructura de lenguaje. Es, además, sujeto por la escritura debido al enlace con lo simbólico y lo imaginario. Sujetado por, sujetado a, y sujetado de la escritura literaria. Sujetado por la escritura debido a que le retiene en el campo simbólico; a la escritura porque hay algo que impele al sujeto al lenguaje; de la escritura a causa de devenir un efecto de su obra.

Sujetos de la escritura

La salud mental, escribo sobre una hoja blanca blanca como la leche, para mí la leche es más inspiración, a mí me dieron una vaquita blanca para que me enseñara a ordeñarla todo en nuestro mundo tiene trabajo ajeno, el trabajar no empobrece, le llaman trabajo porque un trabajo, por algo hay algo que se llama vía crucis no vida, no, haces que llegue, porque la Virgen de Guadalupe hace un esfuerzo por venir y no la veían, porque ella iba a traer un pan para toda la vida, en nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Alemán, hablo alemán, francés, portugués, italiano y un poquito de alemán, eso es lo que me viene a la cabeza. Tarde o temprano todos tenemos que morir para dejar el mundo a los que vienen.

(COQUITA, ESQUIZOFRENIA)

Después de haber dejado sus palabras en la hoja blanca, llevé a Coquita en la silla de ruedas a una actividad que reunía pacientes con diversas clasificaciones para su ingreso y tratamiento: depresión, ansiedad, adicciones y esquizofrenia. Coquita iba sonriente, con el cabello corto y leves temblores corporales. En un festival del día de las madres, tres internas y una psicóloga bailaron *Isla bonita*, con trajes de folclor mexicano y una rosa en el cabello. Posteriormente, se leyó el poema de un interno. Al terminar el festejo, mientras convivía con pacientes, personal administrativo y de salud, Fernando me comentó que estaba escribiendo un libro para ayudar a la gente. Sería directo y sencillo para que las personas hallaran fácilmente las respuestas a sus

preguntas. Tenía escritas unas cuartillas. Días antes, me había entregado este texto:

Concepto salud

-Cabeza ejercicios mentales cuerpo. Deportes

-Ajedrez –maestro internacional de ajedrez. 1c/15 días

-Domino

-Pintura

-Escultura

-billar

-Juegos de lógica

-“ razonamiento

-“ cultura conocimientos en general.

(Manualidades) importantes

Escribir. (Fernando, esquizofrenia).

Comíamos pastel y una de las internas mayores, Mina, diagnosticada con esquizofrenia, me buscaba para saludarme mientras sus hijas la llevaban a su pabellón. Lloraba en la silla de ruedas. Días antes había escrito:

Siempre he dibujado, desde chiquita.

Me gusta la literatura, me gusta el suspenso, mi mamá hace cuentos de misterio, de miedo. A mí me dio por pintar. A la gente le gustan mis dibujos, aunque no estén terminados, no me gusta regalar mis dibujos, antes sí, ahora no, porque los venden.

Me dedico a estudiar. Yo me veo en el arte, mi papel es pintar, mi mamá es pintora, hace cuentos y se dedica al hogar. Yo me dedico a pintar. (Mina, esquizofrenia).

Martínez Hernández (1998), después de analizar unas cartas de Luis, paciente diagnosticado con esquizofrenia y que versan sobre

conjuros y destrucción masiva, ubica en ellas el delirio por tres ausencias: carecen de “inverosimilitud calculada” y su referencia al fin del mundo no es una realidad compartida; no son metáforas o códigos en clave para el desciframiento; tampoco, finalmente, son ficción, puesto que Luis cree que las cartas advierten de un hecho externo. El lenguaje de la persona con esquizofrenia, señala, se caracteriza porque el eje paradigmático (de la sustitución, similitud y diferencia), es pleno de sinónimos y neologismos; en tanto, el eje sintagmático (de la contigüidad, articulación y sintáctico) está hipocativado y asindético (carente de contigüidad). Dichos rasgos se perciben en el texto de Coquita. Del blanco de la hoja se desplaza a la leche, la vaca, el trabajo, la Trinidad y la muerte. Los textos de Coquita, Fernando y Mina pertenecen a una tecnología cultural (la escritura), aunque su densidad significativa y la intencionalidad discursiva quedan subsumidas en una delgadez del significado. Estas características se presentan con frecuencia en el habla o la interacción con personas con esquizofrenia, la cual, para la psiquiatría, aparece organizada a través de alteraciones sensorio-perceptivas (como alucinaciones auditivas), del pensamiento (entre ellos los delirios), motoras (ecopraxias, mutismo, estereotipias y otras), de conducta (como abulia, auto o heteroagresividad), cognitivas (déficit de atención o de la memoria de trabajo) y alteraciones afectivas (del humor y embotamiento afectivo) (AA. VV., 2010: 249-260).

Sin embargo, ¿no es posible hallar otros registros de la articulación en la intencionalidad literaria, el manejo con y desde el lenguaje? ¿No tanto un delirio como tentativa de cura, cuya dignidad reconoce el psicoanálisis desde los trabajos pioneros de Freud, sino la insistencia de la razón investida en la escritura, desarrollada en la vigilancia de las formas, las medidas rítmicas y del aliento? ¿En esa interpelación del deseo del Otro que no es sólo voluntad del sujeto que escribe, sino interrogante respecto a lo que a través de él se desea?

He vivido entre los arrabales, pareciendo/ un mono, he vivido en la alcantarilla/ trasportando las heces,/ he vivido dos años en el Pueblo

de las Moscas/ y aprendido a nutrirme de lo que suelto./ Fui una culebra deslizándose/ por la ruina del hombre, gritando/ aforismos en pie sobre los muertos,/ atravesando mares de carne desconocida/ con mis logaritmos (Panero, 2004: fragmento).

Y:

Antes de devorarle su entraña pensativa/ Antes de ofenderlo de gesto y de palabra/ Antes de derribarlo/ Valorad al loco/ Su indiscutible propensión a la poesía/ Su árbol que le crece por la boca/ con raíces enredadas en el cielo// Él nos representa ante el mundo/ con su sensibilidad dolorosa como un parto (Gómez Jattin, 2018).

En ambos poetas, contemporáneos nuestros y diagnosticados con esquizofrenia, el lenguaje poético se integra en un conjunto simbólicamente organizado del verso libre y, simultáneamente, en el despliegue de una organización interna. En la voz poética de Panero (1948-2014), el personaje —el loco u otro— se identifica con elaboraciones simbólicas de periferias (arrabales) y desechos en el suelo o subsuelo: alcantarillas, heces y ruinas. Próximo a la animalidad (monos y culebras) e insectos (moscas) posee, sin embargo, un saber (breve y sentencial en aforismos) potenciado (en algoritmos), que grita a quienes no pueden escuchar y comprender (los muertos, que probablemente seamos los vivos). En la voz poética de Gómez Jattin (1945-1997), ésta se dirige a la presencia virtual de los “cuerdos” o a sí misma en su consciencia desdoblada. El personaje —el loco— aparece como un ser con sabiduría interna (entraña pensativa) que conecta el subsuelo con lo aéreo (raíces, árboles y cielo) a través del verbo (por la boca). Representante de la especie a través de la sensibilidad (poética), en lugar del reconocimiento que tal lugar simbólico implica en la mediación con el mundo, está destinado al dolor. Imagen, ritmo y sentido, dice Paz, caracterizan el poema. Experiencia viva, el universo poemático deja un resto entregado a la sensibilidad estética del sujeto que se abre al poema y es abierto por él. Ahí está la emergencia de lo simbólico, latiendo y envolviendo en espiral.

El interés por las relaciones entre delirio, pensamiento, locura y lenguaje es de larga duración. Cuando trabaja la trascendencia del delirio en los saberes médicos de la época clásica, Foucault (1999: 326-388) indica que en una de las líneas se interesaba por ubicar que “el alma de los locos no está loca”, lo cual hizo recaer que ésta se limitara al cuerpo. Aparece una locura razonadora que duplica la paradoja de Epiménides. No se trata de un engaño de los sentidos, sino de un daño en el órgano del espíritu: el cerebro. De esta manera, ya en el siglo XVIII y en Europa occidental, aparecen nuevos sujetos cuya locura puede estar motivada por causas próximas como las fibras dañadas (y esas fibras con mayor o menor resequedad y causantes de la melancolía *se ven* por parte de los médicos que diseccionan los cerebros) o lejanas (los eclipses y otros fenómenos cósmicos). En el delirio, alma y cuerpo se fraccionan y el humano se separa de sí mismo. Llama la atención de los especialistas clásicos que hay rigor lógico en el delirio, en ocasiones socializado, en otras, secreto. Establecen dos tipologías delirantes: la sintomática, de la cual da cuenta sobre todo la melancolía, y el delirio que sólo aparece ante el observador. De esta manera, “el discurso cubre todo el dominio de la extensión de la locura”. El lenguaje es su estructura. Se ha convertido en la manifestación del no-ser, colindante con el sueño y el error.

Un siglo más tarde, se cierne un círculo antropológico en el cual Foucault (1992: 269-302) encuentra una larga serie de antinomias. Se deja jugar con la libertad del loco, pero en espacios más rígidos. Se libera del crimen, pero hay mayor determinismo. Se le quitan las cadenas, pero también la voluntad. Ya no habla del no-ser, sino del ser del hombre. Antes era expresión de un vacío (*fatuus*); posteriormente, retenido y alejado de sí mismo, nace el alienado. El romanticismo vincula locura y poesía, pero para el saber médico el loco es un objeto en un conjunto antinómico. Es la “verdad más elemental del hombre”, infancia cronológica de la especie, pero también su verdad terminal donde desembocan las pasiones modernas. Es un corte intemporal, donde triunfa lo orgánico, pero hace surgir un mundo interno de instintos, perversiones y sufrimientos. Implica la inocencia garantizada por fuerza y contenido psicológico, pero nin-

guna razón la agota. En ella, su verdad y posible curación es operable a través de la razón del otro. En esta objetividad orgánica se encierra al hombre. Se vuelve naturaleza para sí mismo, pero alienada. Esto implica un tránsito de la creación literaria. Ante Tasso o Swift, se podía preguntar: “¿es obra o locura?, ¿inspiración o fantasma?”. La locura del escritor descansaba en ver morir y nacer la repetición y la enfermedad “de la verdad de su obra”. Pero hay un cambio en la época que se desplaza de Sade a Artaud. No ha existido un acomodo, sino un enfrentamiento a vida o muerte: “La locura de Artaud no se desliza entre los intersticios de su obra”, sino que es “*la falta de obra*”. Más aún: “la locura –plantea Foucault y justamente contra ella polemizo desde uno de sus ángulos de interpretación–² es absoluta ruptura de obra; forma el momento constitutivo de una abolición [...] el perfil recortado contra el vacío” (Foucault, 1992).

Sin embargo, es posible tomar al sujeto literario desde un ángulo que permita comprender la voz de quienes, social y subjetivamente, clínica y culturalmente, han sido inscritos en las redes de la locura o el trastorno mental, pero llevada al nivel de la obra inherente de toda textualidad literaria, mundo de imágenes trabajadas, géneros y tropos elegidos, argumentos dispuestos en un ordenamiento, racionalidad e irracionalismo que generan sentido en su organización estética. Obra por acceder al campo del significante y los significados. Atentos a la escucha, esa palabra es parlamento y eco, intuición y puente, unidad configurada por las reglas del saber y las instituciones (el tratamiento), sin sustancialidad inherente a su constitución psíquica y, simultáneamente, garante de una razón de equivalencias, desplazamientos y experiencias sensibles, así como de un irracionalismo constitutivo que la literatura conlleva en su conformación. Por ello convive lo consciente de la experiencia literaria –el lenguaje en la medida en que puede ser controlado por el sujeto, elección y sig-

² En una crítica temprana a la obra de Foucault, Derrida cuestiona la posibilidad de otorgar esa voz de la locura sin los dispositivos de la razón: “¿qué es un lenguaje que no lo sea de la razón en general?” (1989: 50). En otro trabajo (Torrentera, 2008) he postulado que la escritura de la locura es inexistente considerada ontológicamente, como lo sería la correspondiente a cualquier marca identitaria: étnica, de género o clase social.

nificación— y lo inconsciente de esa propia experiencia —autonomía del lenguaje y efecto en la producción del sujeto, advenimiento de frases, conflictos dramáticos y recursos imaginísticos que la modernidad tardía inclina al irracionalismo como espacio de validez estética—. Pero es perceptible también en la labor ensayística, la cual requiere de disposición argumental y la arquitectura del pensamiento.

Leopoldo María Panero señala que, más que el paciente, es el lenguaje de la psiquiatría una máscara que delira. Es una práctica médica que mantiene una consideración no humana de lo humano. Ella niega toda posibilidad de reconocimiento al loco, pero él está ahí, y para sacarlo se requiere un “mínimo de clemencia para sus sueños”, reterritorializar su vida psíquica y “una revisión total de lo que ya podemos triunfalmente decir que se llamó enfermedad mental, considerando aquélla como un virus extraño al hombre y no como parte de él” (Panero, 1993: 36). La locura no es algo insólito o silencioso, implica la existencia de la complejidad y la diversidad en el comportamiento. No es un estado en oposición a, o de carencia de, pues el hombre no es exterior al hombre. Menos que un trastorno de la percepción es un cambio de ella y la única revolución posible. “La locura no es el fin, sino el principio de la metáfora” (Panero, 2002: 69). Esto implica que no es un peligro: está justificada por la ruina del hombre y el fracaso de su concepto. En ese vértigo, en medio del desastre, la locura se ve en la necesidad de hablar de una era nueva, de un mundo más allá de este, encadenado y envilecido. No es la razón la que inventa el único crimen, y asimismo la única salvación, sino la locura, aunque sea a través de un proceso doloroso, porque en ella hay sufrimiento real (no simbólico ni imaginario, dice Panero refiriéndose al “nazi Lacan”), es un sufrimiento mayor que el de los mártires. De ahí proviene la analogía con los delirios religiosos comunes en los locos. La locura es un agujero inmundo, pero la razón, si se recupera, puede ser el más astuto de los vengadores. Los locos son monstruos que vigilan la puerta del abismo. Panero dice tener las llaves del abismo.

En este sentido, el sujeto literario que se muestra en Panero y Gómez Jattin aparece al nivel del lenguaje simbólico, conceptos y re-

ferentes significantes, interpelando y dejándose interpelar desde la recepción. Son obra. Poesía o ensayo, la escritura literaria ha requerido, en estos lenguajes desde la esquizofrenia o desde lo que un tiempo histórico y una cultura signan como tales, de la medida, el ordenamiento, el desplazamiento signifiante y la metáfora social. Son efecto de un lenguaje que les antecede y conforma. Tal procedimiento aparece en la narrativa, la cual implica un elaborado sistema verbal.

Dolezel (1997) indica que la mimesis como teoría de la ficcionalidad está bloqueada. No es la representación de un mundo externo lo considerado por la reflexión crítica y la práctica literaria, sino la conformación de mundos ficcionales que se reconocen incompletos y heterogéneos. La ficción y la ficcionalidad requieren dualidad y duplicidad. Es creación de una realidad y su multiplicidad inherente por medio del habla (autor) y de la textura narrativa. En este sentido, la elección de una voz implica estrategias retóricas y desenvolvimiento de la historia. Además, como señala Bal (1990), cabe distinguir texto, historia y fábula. El texto contiene un agente de la narración; la historia, una fábula presentada de cierta manera, y la fábula implica acontecimientos lógicos y cronológicamente interrelacionados. Las obras narrativas involucran estructuras de ficcionalidad con los sistemas de lenguaje en el sentido que le otorga Erdal Jordan, en los que la literatura no utiliza el lenguaje como instrumento, sino que la obra literaria aparece como “un producto modelizado por la concepción del lenguaje” en sus condiciones epocales (1997: 7). Los estilos, movimientos artísticos, construcción de personajes, conflictos y situaciones están íntimamente ligados a las filosofías del lenguaje que dominan una época. Por lo tanto, cuentos y novelas elaboradas por personas con tratamiento psiquiátrico –resalta en el caso de la esquizofrenia– aducen un trabajo de alta complejidad discursiva e interrelación interna con las modelizaciones socioculturales del lenguaje de un tiempo histórico que le da coordenadas para su advenimiento como sujeto literario. Abreva del Otro y el Otro le hace posible como intelección discursiva.

Unica Zürn (1916-1970) fue atendida en psiquiátricos diagnosticada con esquizofrenia. En *Primavera sombría* (Zürn, 2005), el per-

sonaje principal del relato es una niña violada por el hermano (al cual no denuncia, sino chantajea). Es olvidada y violentada por la madre; amada y abandonada por su padre. Hay un elemento clave: la niña conoce su sexo y el sexo de los hombres. Funda un placer masoquista: objetos cortantes que le penetran la vagina. Siente placer con golpes de amigos, humillaciones y amores frustrados con adultos desinteresados por ella. Desea ser violada. Otro símbolo es la aparición del perro en diversas escenas (sin nombre ni descripción, pero no indeterminado; es el perro, casero, astuto, sexuado), de quien disfruta que lamiera su sexo e incluso lo realiza una vez que la niña se defenestra. En la novela *El hombre jazmín* (Zürn, 2006) la voz narrativa, en tercera persona, describe la vida física y mental de “ella”, con delicadeza y profundidad: la relevancia que le da a la numerología, las cartas que envía al “hombre blanco” y que él le retribuye con una “preciosa alucinación”: alas inmateriales, horrorosas y bellas, flotan por la habitación y la atraviesan. Son serias y nobles. Describe comportamientos anómalos en las calles y el ingreso al psiquiátrico, en donde convive con numerosas mujeres. La heroína del relato recuerda, percibe, reflexiona y baña con matices poéticos lo existente: los humanos transformados en seres prodigiosos, las amenazas de tenderos y policías. Todo se vuelve signo: inmaterial, móvil, indeterminado, dichoso, enigmático y profundo. Más allá de que Zürn se defenestró y fue modelo para muñecas atadas de Bellner, “desde la esquizofrenia” destaca en esta obra la capacidad de hacer obra y lazo por medio de la habilidad narrativa, el desarrollo de la trama y la consolidación de personajes. Igual sucede con las narraciones de Walser creadas en clínicas psiquiátricas y, aunque no atendida por esquizofrenia sino por depresión, en las novelas de Woolf, signadas por vanguardismo intencional, complejidad narrativa, profundidad de personajes y detallado estilo. El sujeto literario aparece atravesado y sostenido por el sentido del discurso y la elección de materiales: personajes, mundos imaginísticos, géneros, estrategias discursivas y conflictos dramáticos, fábulas, tramas, metáforas y ritmos.

La paranoia, no en vano llamada un tiempo locura lúcida, ha convocado la atención de especialistas desde el siglo XVIII por poseer

un sistema delirante bien definido y estable encapsulado en la personalidad, con ideas estructuradas expresadas con persistencia y un pensamiento lógico, aunque basado en premisas falsas. Freud piensa activamente con y a través del texto de Scherber, *Las memorias de un enfermo de nervios*, que le facilita el desarrollo de concepciones de la psicosis, fundamentalmente la relacionada con la *Verwerfung*, el mecanismo de rechazo fundamental que permite definir una estructura, de lo cual hará Lacan un desarrollo ulterior vinculado con la forclusión y su relación con la psicosis, en distinción de la neurosis y la perversión, signadas por la represión (*Verdrängung*) y la denegación (*Verleugnung*) respectivamente. Sin duda, el sujeto del inconsciente (interrelacionado con el sujeto en sus relaciones sociales y en la red de los saberes clínicos, pero sin subsumirse en ellos, renuente a su encapsulamiento) es prioritario para captar el movimiento de la subjetividad en términos amplios y de la psicosis de forma restringida.

En este sentido, el “nombre del padre” es un concepto que Lacan fue desarrollando y conoce diversas articulaciones. De acuerdo con Maleval, al inicio de la década de 1960 el nombre del padre comienza a entenderse como lo que garantiza la incompletud del Otro. Anteriormente, cuando era entendido como inherente al Otro, la clínica lacaniana hacía énfasis en neologismos y ritornelos, por ser considerados puntos de detención “con la finalidad de remediar el desencadenamiento del significante suscitado por la carencia del punto de basta de la significación fálica” (2002: 94). Así, la psicosis se entendía como un agujero en el Otro, en el sitio donde había una llamada al nombre del padre. Posteriormente, Lacan señala que la incompletud del Otro es una propiedad. Hay una hiancia no desestabilizadora. Lo insoportable para el psicótico está, más bien, en no disponer de una respuesta fálica. Ante la angustia, el delirio intenta obturar. No solamente se construye una neorrealidad, también intenta “localizar el goce del sujeto en el significante” (2002: 95). Si antes Lacan considera que la psicosis estaba en relación con el rechazo de lo simbólico del significante del nombre del padre, en la década de 1960 dirá que es esa exclusión la que funda al sujeto. *S(A/)* es un significante

exterior a la cadena en la cual se sostiene la función paterna; es un tipo de forclusión, normal y normativa, que se debe distinguir de la forclusión psicótica, en la cual el significante excluido es disfuncional, la ruptura del anudamiento de la cadena significativa y aquello exterior que le sostiene.

El nombre del padre garantiza la “inclusión del falo en el objeto *a*, por tanto, la conexión de este último con el lenguaje” (Maleval, 2002: 98). Este matema, que aparece en los seminarios de la década de 1960, se concibe “como la causa real del deseo. Lo que así se designa es el objeto primordial del goce” que sigue el rastro freudiano del objeto perdido. El psicótico permanece en la identificación de un objeto de goce cuando la metáfora paterna no ha intervenido para construir la separación. La carga de exceso, en ellos, es lo que hace decir a Lacan que tienen el objeto *a* en el bolsillo. Los melancólicos, en cambio, desde esta óptica, se encuentran más bien con una sobreidentificación del objeto *a*. En relación con este matema, el maníaco se entrega libremente a la infinita metonimia de la cadena significativa. El paranoico identifica el goce en el lugar del otro. No será la última reconstrucción del nombre del padre, pues en la década de 1960 apelará Lacan a una “formalización que da cuenta del ordenamiento de la cadena significativa y que articula dicho orden con el cifrado del goce” (Maleval, 2002: 108). Por su parte, el objeto *a* quedará atrapado en el centro de la cadena borromea que forman imaginario, simbólico y real. Si aquélla puede entenderse como un triple agujero que delimita a un cuarto, esto es, el objeto *a*, al relacionar la cadena borromea con el nombre del padre, Lacan continúa indicando al padre “como el Uno que no hace más que rodear un agujero, aunque éste se haya convertido en un agujero plural” (Maleval, 2002: 128). Pero existe un elemento más: el nombre del padre, en los últimos desarrollos de Lacan, se solidariza con el síntoma, cuyo paradigma desarrolló con la obra de Joyce. El nombre del padre es también el padre del nombre. El *symptome*: lo que cae (*ptoma*) junto (*sym*): enfermedad y signo, se relaciona con el *sinthome*: *syn-thema*: poner juntos, lo que anuda. El *sinthoma* anuda. La escritura es un *sinthoma*. En este sentido, el sujeto literario

se vincula con la disposición subjetiva, aunque con independencia o singularidad, de los sujetos de la interacción social y las reglas del saber (Maleval, 2002).

Cabe, sin embargo, que el sujeto de la escritura (y sujeto por la escritura) apela al deseo. ¿Qué coloca en ella? Una pluralidad de efectos: los trazos de una ausencia. El mito, el personaje, la metáfora, la diatriba, la queja, la propuesta colocan ausencias que están surgiendo, que hacen necesaria su inscripción no solamente en las marcas del sonido, los balbuceos, los gritos, los monólogos, la conversación, sino también en las superficies de la hoja. Quedan expresados procurando volver posibles, con la mediación de la escritura, los ecos de lo presentado, anhelado o temido.

El deseo tiene una doble faz (por ello divide al sujeto): apunta la falta de un objeto al desear lo que el sujeto no tiene, y cuando consigue poseerlo, el sujeto continúa la búsqueda de otro objeto diferente. En esta posición puede colocarse la dimensión del fantasma (que es del orden del lenguaje), por medio del cual el sujeto se propone (o se le impone) un objeto. Así, la relación está filtrada por el fantasma, que opera también como un motor del deseo. Éste no es de algo, de un objeto, sino de deseo. Lo que se desea es desear y, por tanto, en última instancia, que no haya objeto. El fantasma funge también como un sostén del deseo, pero al introducir la lógica del fantasma también es necesario hablar, como indica Rinty D'Angelo, de ϕ (phi minúscula), el cual “indica que en toda localización imaginaria el falo llegará bajo la forma de una falta” (D'Angelo, Carvajal y Marchilli, 1984: 154). El fantasma, en su lógica significante, comporta una escena, una acción, una parte definida del cuerpo, y se expresa de forma privilegiada –pero no únicamente– en el relato del analizante; y es, por la dificultad de acceder a él, enigmático. El sujeto, generalmente, no quiere saber nada del fantasma, aunque regula la relación imposible con la falta. Es, como dice Žižek, “objetivamente subjetivo”, pues el fantasma nos enseña a desear y es, a su vez, “respuesta al enigma del deseo del Otro” (2008: 60). Si la realidad está estructurada por el fantasma, éste vela lo insoportable de lo real y la realidad deviene una fuga del encuentro con lo real.

En el deseo aparecen, por un lado, los objetos concretos, los objetos del deseo, que pueden revestir la existencia de múltiples entes; por otro, aparece el objeto causa del deseo que, usando un oxímoron, se presenta como ausente, ser es no estar, es provocar, en su ausencia, las presencias más diversas, pero nunca la presencia que viene a colmar, que concrete lo ausente como objeto –al menos que el sujeto se pierda en la deriva del goce y en lugar de la palabra que estructura el deseo se precipite en la mudez, presencia pura, que le desborda–. En el deseo se reconoce la posibilidad de que, para el sujeto, exista un Otro –la madre, las generaciones anteriores, el lenguaje–, porque en el deseo se juega asimismo en función o contraposición del deseo del Otro. “El deseo está obligado a la mediación de la palabra, y es manifiesto que esta palabra sólo tiene su estatuto, sólo se instala, sólo se desarrolla en su naturaleza, en el Otro como lugar de la palabra” (Lacan, 1999: 365).

Los significantes no son el vehículo para alcanzar una finalidad determinada más allá del lenguaje mismo, más bien forman una estructura que no se limita: siempre se puede decir otra cosa. Se debe tener presente ese significante que nunca aparecerá: el significante de la falta es el objeto *a*. El lenguaje lleva una marca de algo que se derrama, se presiente como existencia ausente. Por medio de ese vacío, a semejanza del artesano que forma un vaso de barro en el torno hundiendo la mano, los significantes se entrelazan (Lacan, 2007). –1. Impronunciable, pero operatorio. La lingüística supone un sujeto como origen del sentido, que ejerce su control sobre el lenguaje eliminando equívocos. El psicoanálisis parte de la hipótesis inversa. El acento recae en la lógica significante. Lacan lo llama la letra, en el sentido de la tipografía, de lo que inscribe, deja una marca, una huella, un corte, una insignia, modos del goce y la repetición. Lo simbólico produce un efecto en lo real. Hay algo intrínseco al lenguaje que obstaculiza la plena acepción de los mensajes. Se presta a sanciones diversas para construir al sujeto, quien tiene que inscribirse en el Otro.

En el registro imaginario no aparece la falta y abre un camino al lenguaje. En la dimensión simbólica, sin embargo, el Otro va más allá de un interlocutor concreto, el Otro está barrado, no es el Amo

del significante y apunta a la falta; se caracteriza por no poseer todos los significantes y ser, antes bien, un efecto inacabado. Es el Otro de la mayoría de los significantes, menos uno. Por eso el Otro (O/) es barrado, lo mismo que no es un sujeto libre (S/), sino sujeto de los significantes (sujeto barrado). Es un Otro que no puede sancionar plenamente el mensaje, es el Otro como enigma, un agujero. La pregnancia del equívoco es latente y preforma una realidad del sujeto con el Otro. Entre la necesidad y la demanda aparece el deseo: “El deseo se define por una separación esencial con respecto a todo lo que corresponde pura y simplemente a la dirección imaginaria de la necesidad –necesidad que la demanda introduce en un orden distinto, el orden simbólico, con todas las perturbaciones que éste puede traer aquí” (Lacan, 2010: 96). El deseo aparece como una emergencia irreductible a un objeto. Puede aparecer en forma de máscara, ocultándose y mostrándose fragmentariamente en lo mismo que oculta. “No hay una palabra para expresar algo, algo que tiene un nombre, y es precisamente el deseo. Para expresar el deseo, la sabiduría popular lo sabe muy bien, no hay más que palabrería” (Lacan, 2010: 96).

Presencia, advertencia, signo: esas líneas que se suceden en la escritura advierten esa doble apuesta: la producción de un sujeto que se escucha y que desea; la capacidad de aprehender esa palabra y tomarla para iniciar el diálogo. De ahí el deseo como señal de la ausencia, de un hueco, una falta. En la escritura está latente ese testimonio que, en su decir, advierte una carencia, un vacío que la palabra intenta colmar y no lo hará nunca; que divide y anuncia la ilusión de mostrarse en consistencia.

Considero necesario tener presente la dimensión del deseo en las escrituras asociadas con la psicosis. En un manicomio, hospital, clínica o casa de descanso, la palabra del loco o trastornado mental, discapacitado psicosocial, alienado, usuario, o el término en boga culturalmente legitimado, se vierte en la búsqueda de llenar un hueco, de formar una especie de plenitud sobre la ausencia; en ese puente verbal hay un reconocimiento del Otro: flujo social, anónimos rostros que inquietan; espesa intencionalidad que en su propio recorrido

sobrepasa la inmediata relación del sujeto con su palabra, pero fundada en ella. La escritura misma es la imposición de una estructura, en muchos sentidos involuntaria, de la cual cualquier autor es sorprendido. No pienso solamente en términos de la decisión inmediata de las obras, sino en esa otra organización simbólica y lingüística, de la cual un autor es obra y productor, sujeto y agente. Cabe señalar que el sujeto literario y su obra —la literatura—, no tienen inconsciente ni son el lienzo sobre el cual se puede inscribir un psicoanálisis aplicado. Me adhiero a la idea según la cual el sujeto del inconsciente es independiente de la cultura, y se expresa, sí culturalmente, en un entredós de singularidad y marcos simbólicos legitimados, que denomino los sujetos sociales y clínicos (a su vez no coincidentes entre sí). La teoría psicoanalítica es solamente un episodio en las teorías culturales. El sujeto literario no es, o no es solamente, expresión de una disposición del sujeto considerado loco o con desorden mental. Es un sujeto virtual: palabra y significante liberados de la condición social y clínica de los hombres que la realizan. Puede ser que las experiencias del sujeto social y bajo tratamiento integren el texto literario, pero éste las sobrepasa. Es otra experiencia: la del lenguaje.

Sujetos de la escritura e irracionalismo

El sujeto literario puede estar vinculado con el irracionalismo. Es la confluencia entre la sensibilidad histórica y cultural que ha dado desde el siglo XIX al irracionalismo un lugar relevante en los códigos estéticos, incluyendo producción y recepción. En el prólogo de un libro dedicado a analizar poemas de Paul Celan, Gadamer (1999) señala lo embarazoso que resultan las indicaciones dadas por el poeta, o un crítico, para descifrar las creaciones. Se desplaza aquello que ha logrado equilibrio como estructura poética: cerrado a la comprensión, su claridad radica en las sugerencias que remite y las resonancias que produce.

La violencia de la metáfora se ejerce en contra de presupuestos de la lógica ordinaria: los entes que utiliza el lenguaje literario (piedras,

personas, dioses o semáforos) dejan de pertenecer a una sola identidad. Son ellas, su contraparte, un objeto distante o una analogía posible, donde la síntesis, de producirse, es el desgarre más originario de la pluralidad. Lo que se ha dicho en la obra no puede decirse diferente: al explicitarlo, decimos algo diferente. Lo que expresa, en su mostrar y aparecer, puede ser conocimiento, incremento de una experiencia o complicidad de una imagen a compartir. La ambigüedad buscada no es un adorno, sino su constitución. Por ello el poeta busca la metáfora: edificación de un conjunto de palabras que resaltan y encuentran, como decía Aristóteles, lo común en lo que parece distante. El poeta une lo dispar por medio de asociaciones arbitrarias; es un reunidor de dispersiones, un atador de lo disímil. Hace próximo lo distante.

No significa que el poeta sepa totalmente lo que hace. Puede sorprenderse por el efecto de una metáfora, un verso o una estrofa: equivalencias, ritmos, sonoridades, asonancias. Reuniones casi imposibles, el poeta es asombrado y reconstruido por el verso mismo que ha hecho. El autor sabe, en ocasiones, un poco más que el lector, o, mejor dicho, puede saber otras cosas. Ahí descansa parte de la eficacia, seducción y necesidad que el escrito ejerce sobre el creador. Obra nunca dominada y siempre abierta. El poeta lo es en la medida que hace ese producto verbal que, con parámetros histórico-sociales, llamamos poesía. La poesía hace al poeta en la medida en que éste escribe los versos. He señalado que el sujeto literario transita epocalmente por la significación. Simultáneamente, aparece intermitente sólo a través de la creación. Ese fuego, flujo, otra voz, inspiración, arrebató, furor, o como queramos nombrar a la experiencia creadora, enfatiza procesos no mediados totalmente por la razón, aunque después con ella, sus medios y recursos, vuelva sobre los textos para reestructurar, equilibrar, oscurecer o aclarar. Lo incontrolado del lenguaje está ahí, el desborde, la emergencia de palabras que se imponen, de un vocabulario cultural e histórico, un campo imaginario y un ritmo, y la intencionalidad e ilusión simultánea de su control.

Anne Sexton nació en Boston en 1928 y se suicidó en 1974. Estuvo bajo tratamiento psiquiátrico por depresiones profundas, inclu-

yendo internamientos motivados después del parto. Su tratamiento, después del nacimiento de su primera hija, incluyó la escritura poética. A los 29 años decidió incorporarse en un taller de creación literaria.³ Premiada en diversas ocasiones en Estados Unidos, su obra ha tenido importante recepción. Una parte de la eficacia de su poesía, en algún sentido confesional, descansa en aproximar al lector a un paisaje donde la memoria de la infancia, el canto a sus hijos, la despedida para el amante, el ingreso en un psiquiátrico, el amor, la ternura, el deseo, se entremezclan con abortos, sangre menstrual, padres muertos, niñas aterradas, cerdos en engorda, el útero alabado y la presencia del suicidio.

En el poema “Aquellos tiempos...”, la voz poética testimonia un cuerpo en el encierro: cementerio, rejas, celda, exilio, nudo, construyen al personaje infantil que se asfixia y se evita a sí misma: “A los seis años/ vivía en un cementerio lleno de muñecas,/ eludiéndome a mí misma,/ a mi cuerpo —el sospechoso/ de esta morada grotesca./ Todo el día encerrada en mi cuarto tras rejas,/ una celda./ Fui el exilio/ sentado todo el día en un nudo” (Sexton, 1985: 24). Así, el personaje con la voz que la enuncia vive un encierro, el cual contiene otro y otro más: la niña encerrada en una casa, un cuarto, un clóset, una caja de zapatos, en los mismos zapatos; encerrada en un cuerpo que siente ajeno: “El yo que se negó a mamar/ en pechos que no podría complacer/ el yo cuyo cuerpo crecía inseguro,/ el yo pisando las narices de las muñecas/ que no podía romper”; encerrada planeando viajes imposibles en un mundo, afuera, “donde tosían los pájaros/ encadenados a los árboles erguidos”; encerrada en el miedo por la aparición de la madre que violenta su cuerpo, esa madre a quien habría de matar, aplastándola, embarrándola en el pavimento: “No sabía que mi vida, al fin/ como camión arrollaría la de mi madre”; la misma madre que es asesinada en otro poema: “Eso fue el invierno/ en que murió mi madre,/ medio enloquecida por la morfina,/ reventando, por fin,/ como cerda preñada” (Sexton, “Huye en tu asno”, 1985: 32).

³ Su maestro, Robert Lowell, y una condiscípula, Sylvia Plath, mantuvieron tratamiento psiquiátrico.

La voz poética de “Aquellos tiempos...” está encerrada por el silencio y el frío de las baldosas, por unas manos que buscan faltas en el cuerpo infantil y desconoce un futuro: “De la mujer que sería/ ni de la sangre que cada mes/ brotaría en mí como una flor exótica” (Sexton, 1985). Contenida en la palabra que hace escuchar lo nunca dicho. En esta poética se mezclan elogios al cuerpo y certeza de su inutilidad, un cuerpo radiografiado para exponer su interior: sangre, vísceras u órganos; inutilidad de un cuerpo que, sin embargo, ha dado vida; elogio de sus fragmentos; reafirmación de indiferencia y extrañeza hacia el soporte material de una voz. Incluso en el sesgo conversacional, la poesía une elementos heteróclitos por sentido semántico o simbólico, pero descolocado del habla ordinaria pragmática y los discursos demostrativos. Dice Sexton, en “Para el año de los locos”: “Mi cuerpo es inútil./ Yace, ovillado como un perro en la alfombra./ Se ha rendido./ no hay palabras aquí sino las aprendidas a medias” (1985: 38).

Celan comenzó los internamientos psiquiátricos alrededor de 1965 motivados por la melancolía profunda cinco años antes de su suicidio. En sus últimos libros publicados en vida, *Cambio de aliento* (1967) y *Hebras de sol* (1968), trabaja más la estructuración y reestructuración de las palabras: neologismos fundados en la fusión de sustantivos o de sustantivos y adjetivos. Por ejemplo, en la traducción al español: enteroacristalados, entresonidos, vueloclaros, o en la división de una palabra en dos versos, con lo cual queda multiplicada o poseedora de nuevos sentidos. Los poemas parecen enredarse en sí mismos, en lo que da en llamarse hermetismo, y ser, a su vez, una palabra entregada, un signo en espera. En todo caso, se puede abrir esa poesía que tiene una búsqueda lingüística singular, más importante, somos abiertos por ella. Mutuo encuentro que se despliega en el sujeto estético. Descoyuntada y reformulada, palabra plural, susurrada, los versos aluden a una persona ausente. En todo poema hay que distinguir al yo de la obra y al yo del creador (o creativo). En la obra tardía de Celan queda aún más lejana la relación al rehuir de un lirismo egotista. Decía Eliot, en su juventud, que el arte no es liberación de la emoción, sino la huida de ella; no es la expresión personal de

un estado, sino la impersonalidad que huye de lo confesional. Años después precisó que existen, más bien, dos tipos de impersonalidad: la del artífice experto y la que brota, curiosamente, de un proceso individual, pero requirente de impersonalidad para que la palabra del poeta alcance una verdad general y se convierta en símbolo. Algo hay de ello en Celan. No es una voz oculta, sino evidenciada en su contingencia dada a la sensibilidad, pero que, como es frecuente en la poesía contemporánea, violenta al pensamiento:

Alojada-desalojada// adesalojada// la obediente tiniebla: tres/ horas de sangre detrás/ del origen de la visión,// los ocelos de luz fría,/ a ceguedad/ por madre de su redor,// la nada de trece/ onzas: sobre ti/ se vuelca con/la piel de la suerte// durante/ la ascensión (“Alojada-desalojada” en 2009: 282).

Y:

La-de-negra/ sangre bebe/ el semen del-de-negra-sangre,// todo es menos de/ lo que es,/ todo es más (“Entrada de Violonchelo” en 2009: 238).

El irracionalismo es una posibilidad de las estructuras de realización y recepción poética. Celan en lengua alemana y diagnóstico de depresión y Carlos de Rokha (1920-1962) en español y diagnosticado con esquizofrenia pueden recurrir a ese fondo de las subjetividades modernas y contemporáneas: “Sobre la ciudad de los arlequines de humo/ el mar abre su cofre/ Me hace ver en una playa de caimanes hermosas mujeres de hielo” (De Rokha, 2012: 131).

El trastrocamiento que ejerce la metáfora sobre el lenguaje, y desde él a los lectores, surge en la totalidad de la frase. A ello Bousoño (1981) le llama imagen visionaria, que forma parte de los procesos de la simbolización y el irracionalismo poético. Los recursos irracionalistas son de diversa índole: de realidad o lógico, de irrealidad o ilógico e irrealismo lógico o simbolismo de realidad. Poseen en común la transmisión de la impresión estética por medio de emoción.

nes irreflexivas, distanciadas de un referente concreto: hay poco o nada que entender. La poesía anterior, dice Bousoño, hace brotar la emoción luego de comprender la metáfora o el símil; ahora, por el contrario, la ambigüedad y la comprensión no plena integra positivamente la experiencia estética. El lector, a su vez, ha flexibilizado su capacidad de recibir, incorporar y validar construcciones irraciona- listas. Juego de doble vía. El escritor, desde la locura o el trastorno mental, ha incorporado los mecanismos de producción textual que socialmente están construidos; su retorcimiento no es producto, en más de un caso, de la pretendida enfermedad o condición, sino de los entornos lingüísticos en que está inscrito y marcado. Artaud y Breton se yerguen como dos sujetos de la poesía irracionalista, los ensueños surrealistas, la revolución por el lenguaje y el cuerpo, aunque su destino como sujetos sociales fue disímil y en cuya deriva Artaud se constituyó también en sujeto clínico.

Hay elementos sociales que permiten validar con mayor facilidad una palabra que se aproxima al irracionalismo (intencional/impuesto). Ello no descarta la dificultad que presenta, para el creador y para quien escucha –ver es escuchar– una voz de discordancias que integran una imagen lograda de sentido. Podría pensarse que hoy es el tiempo en que la palabra de la locura, entendida como lenguaje de pretendida autonomía, capacidad autorreferente, entregada a quien la emite o la padece como ruptura del discurso para el otro, alcanza con mayor precisión la palabra contemporánea de la poesía. No es así. El verso es producto de un elaborado descubrimiento. Pese a los campos del irracionalismo, mantiene relaciones de concordancia (vía la imagen, el sentido, el ritmo, la resonancia misma de los significantes) que no pueden ser producidas en serie ni como un eco vago del inconsciente desencadenado sin el falo.

Bousoño ha estudiado las metáforas a las cuales llama de dise- mia heterogénea. Algunas metáforas tienen uno de sus soportes en la racionalidad o “lógica”, en el sentido de que el símbolo que se produce con las palabras aluden, de forma más lejana o cercana, a un objeto con atribuciones semejantes; existe en ellas unidad ma- terial o representativa, en la relación que el autor ha construido.

Conviven elementos asociados a la concordancia y lo irracionalista, al control expresivo y lo imprevisible del lenguaje. Dice Alejandra Pizarnik, reclusa en hospitales psiquiátricos en diversos momentos de su vida:

Cuando a la casa del lenguaje se le vuela el tejado y las palabras no guardan, yo hablo (2011).

Y Celan:

Por microllameantes, por/ libres/ signos de puntuación de la/ escritura/ oculta,/ huída en des-/ bandada hacia los/ innúmeros nombres/ que hay que calificar de im-/ pronunciables (“Solve”, 2009).

Encuentro con la palabra y el silencio mismo que la envuelve.

Conclusiones

Los sujetos de la escritura literaria, clínicamente diagnosticados con trastorno mental, locura, psicosis (o esquizofrenia, paranoia, ciclomanía, depresión mayor u otras terminologías) aparecen en las obras como efecto de un proceso de raciocinio, cálculo, herencia lingüística, mítica, técnica e imaginaria. Implican redes interrelacionadas con el ingreso simbólico que precede al sujeto (que le hace serlo propiamente) lo cual otorga a estas voces la especificidad de ubicación en la gama de escrituras que, sin necesidad de una marca de origen sobre su salud, les son solidarias. Este ingreso ha posibilitado, en concordancia, que propiedades del pensamiento, el lenguaje y el deseo sean un campo socializado.

La forma de construir obra literaria surge en el proceso activo y complejo que ofrece resistencias. El autor se involucra con el lenguaje de manera constante, trágica en ocasiones, desgarrada en otras, pero cuya estructura es resultado de reflexión, puesta en claro, distancia entre creador y lector (el autor desdoblado). En escritores

diagnosticados con trastornos mentales existe intencionalidad sobre el lenguaje para darle orientación, ubicarlo imaginariamente, distribuir las fuerzas de acción de los personajes del relato y el conflicto; en los ensayos se engarzan conceptos y argumentos. Así, aparece la metáfora literaria que hace posible el lazo y el encuentro con otro sujeto, el lector, creado por el sujeto de la escritura. Adicionalmente, el lenguaje aparece como algo exterior que produce al sujeto y es ajeno a la pregnancia imaginaria de su control, lo cual tiene relación con el deseo. Con mayor intensidad es evidenciado por textos de aquellos que, en primera instancia, anhelan inscribirse en el flujo del discurso, de arrojar a ese río verbal su propia “verba creativa”, de estar en el campo de lenguaje, representación en palabras, sujeto de significados, marca significantes, en esa inquietud que la propia puesta en la hoja refiere: inestabilidad, balbuceo, incertidumbre, pero también una verdad otorgada, certeza y plomada que conlleva el proceso escritural. Aunque no hablara más que de su presencia (y no es lo único) esta palabra fundamenta un diálogo. Que la disolvamos, resemanticemos o dejemos en su brillo particular, son posibilidades que otorga el tomar, literalmente, la estafeta de la palabra.

Laplantine (1979), siguiendo las ideas de Devereux, plantea que la locura implica desculturalizar la cultura (ver la televisión y sentirse llamado personalmente por ella o tocar los enchufes para obtener energía). Esta concepción ilustra una forma de entender a quienes, al individualizar los elementos simbólicos de su entorno, debilitan o fracturan el lazo social que caracteriza la dimensión simbólica y el hacer metáfora en el sentido de la organización del discurso del Otro. La literatura especializada da cuenta de ello y mi propia experiencia etnográfica y práctica permiten remarcar la pertinencia en lo que concierne a los sujetos sociales y clínicos asociados con la psicosis en su vinculación con el sujeto del inconsciente. Sin embargo, en los sujetos de la escritura (literaria particularmente, pero también filosófica como lo muestra la obra de Althusser) el lazo social es inherente en la organización discursiva como una condición de posibilidad y elaboración, el cual se incrementa en la recepción del poema, la novela, el cuento, el ensayo o la obra dramática entre lectores. El sujeto de la

escritura es hecho aparecer o reaparecer por el sujeto lector y éste es efecto del sujeto escribiente. El sujeto de la escritura es posible por la escritura misma. Es sujeto de la escritura en la medida en que está sujeto a y es sujeto por ella, es decir, tomado y realizado por la escritura.

Referencias

- AA. VV. (2010), “Trastornos psicóticos”, *Manual del residente en psiquiatría*, t. 1, Grupo Ene, Madrid.
- AA. VV. (2014), *Guía de consulta de los criterios diagnósticos del DSM-V*, Asociación Americana de Psiquiatría, Arlington.
- Arabian Couttolenc, Myriam (2010), “Discapacidad psicosocial: ‘invisible’ en México”, *Dfensor. Revista de Derechos Humanos*, año, VIII, núm. 11, noviembre.
- Bal, Mieke (1990), *Teoría de la narrativa*, Cátedra, Madrid.
- Bousoño, Carlos (1981), *El irracionalismo poético (el símbolo)*, Gredos, Madrid.
- Celan, Paul (2009), “Alojada-Desalojada”, “Entrada de Violonchelo”, “Solve”, en *Soles filamento*, Trotta, Madrid.
- D’Angelo, Rinty, Carbajal, Eduardo y Marchilli, Alberto (1984), *Una introducción a Lacan*, Lugar Editorial, Buenos Aires.
- De Rokha, Carlos (2012), “La vida vuelve a su más puro alcohol”, en Erwin Díaz (ed.), *Poesía chilena de hoy. De Parra a nuestros días*, Ediciones Metales Pesados, Santiago de Chile.
- Derrida, Jaques (1989), “Cogito e historia de la locura”, en *La escritura y la diferencia*, Anthropos, Barcelona, pp. 47-89.
- Dolezel, Lubomir (1997), “Mímesis y mundos posibles”, en A. Garrido (comp.), *Teorías de la ficción literaria*, Arco Libros, Madrid, pp. 69-93.
- Erdal Jordan, Mary (1997), *La narrativa fantástica: evolución del género y su relación con las concepciones del lenguaje*, Vervuert/Iberoamericana, Madrid.
- Fernández, María Teresa (2010), La discapacidad mental o psicosocial y la Convención sobre los Derechos de las Personas con Dis-

- capacidad. *Dfensor. Revista de Derechos Humanos*, año VIII, núm. 11, noviembre.
- Foucault, Michel (1992), “El círculo antropológico”, en *Historia de la locura en la época clásica*, t. 2, Fondo de Cultura Económica, México.
- Foucault, Michel (1999), “La trascendencia del delirio”, en *Historia de la locura en la época clásica*, t. 1, Fondo de Cultura Económica, México.
- Gadamer, Hans-George (1999), *¿Quién soy yo y quién eres tú?*, Herder, Madrid.
- Gómez Jattin, Raúl (2018), “Me definiendo”, en *Amanecer en el valle del Sinú*, Fondo de Cultura Económica, Bogotá.
- Jacorzynski, Witold (2008), “La descripción de un caso de locura de una mujer tzotzil de Chenalhó”, en Witold Jacorzynski (coord.), *Demonios y pastillas: una aproximación interdisciplinaria de la locura*, CIESAS, México.
- Jaspers, Karl (1968), *Genio y locura*, Aguilar, Madrid.
- Lacan, Jacques (1985), *El Seminario 3. Las psicosis*, Paidós, Barcelona.
- Lacan, Jacques (2002), *Escritos 1*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- Lacan, Jacques (2007), *El seminario 7. La ética del psicoanálisis*, Paidós, Barcelona.
- Lacan, Jacques (2010), *El Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Barcelona.
- Laplantine, Françoise (1979), *Introducción a la etnopsiquiatría*, Gedisa, Barcelona.
- Leader, Darian (2013), *¿Qué es la locura?*, Sexto Piso, México.
- Lojo, Mariana (2010), “Cuando la voluntad enferma”, *Dfensor. Revista de Derechos Humanos*, año VIII, núm. 11, noviembre, pp. 18-24.
- Maleval, Jean-Claude (2002), *La forclusión del nombre del padre*, Paidós, Buenos Aires.
- Martínez-Hernández, Ángel (1998), *¿Has visto cómo llora un cerezo? Pasos hacia una antropología de la esquizofrenia*, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Panero, Leopoldo María (1993), *Y la luz no es nuestra*, Libertarias/Prodhufi, España.

- Panero, Leopoldo María (2002), *Prueba de vida. Autobiografía de la muerte*, Huerga y Fierro editores, Murcia.
- Panero, Leopoldo María (2004), “El loco”, en *Poesía completa, 1970-2000*, Visor, Madrid.
- Pizarnik, Alejandra (2011), “Fragmentos para dominar el silencio”, en *Poesía completa*, Lumen, Argentina.
- Postel, Jacques y Quéstel, Claude (coords.) (2000), *Nueva historia de la psiquiatría*, FCE, México.
- Queneau, Raymond (2004), *En los confines de las tinieblas*, Asociación Española de Neuropsiquiatría, Madrid.
- Redfield Jamison, Kay (1998), *Marcados con fuego*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Sexton, Anne (1985), “Aquellos tiempos”, “Para el año de los locos”, “Huye en tu asno”, en *Quince poemas*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Torrentera, Alberto (2008), “Escrituras de la locura, aproximaciones etnoestéticas”, en Francisco de la Peña (coord.), *Cultura y desorden mental. Miradas desde la etnopsiquiatría y el etnopsicoanálisis*, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Escuela Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Žižek, Slavoj (2008), *Cómo leer a Lacan*, Paidós, Buenos Aires.
- Zürn, Unica (2005), *Primavera sombría*, Siruela, Madrid.
- Zürn, Unica (2006), *El hombre jazmín*, Siruela, Madrid.

Fecha de recepción: 13/03/23
Fecha de aceptación: 21/08/23